**Esta es la traducción del catalán del cuento 'El retorn del vellmarí', aparecido en 2006 en la revista Esquitx, (http://www.esquitx.cat/) un comic trimestral para adolescentes. Para más información respecto a los derechos y posibilidades de uso educativo del texto y las imágenes, visitad "Esquitx" en el apartado de Noticias TMG 9(2) Noviembre 2006: http://www.monachus-guardian.org/mguard18/1816mednew.htm#Splash**

La carrera de los niños desde la escuela, entre nubes de polvo y a tropezones, acababa, desde hacía un mes, en la playa de guijarros que había junto al muelle. Los padres y las madres de aquellos niños eran pescadores. Y más de uno, contrabandista.

¿Y qué había en la playa?.

Una presencia insólita: un ejemplar de Monachus monachus.

El maestro, un hombrecillo flaco con gafas de miope, se lo había dicho al alcalde con contundencia:

- ¿Una qué puñetas de qué? - le espetó el hombre, ignorante.

- Una foca.

- Imposible – protestó el alcalde, alterado -. ¡Por aquí mataron el último a escopetazos hace más de cincuenta años!.

En las clases de ciencias naturales el maestro había explicado cómo era una foca, su vida acuática, sus hábitos discretos, la reproducción en cuevas marinas.

- Si éste es hembra – preguntó Juan, quizás el alumno más aventajado -, ¿Significa que criará en una cueva?.

- Aunque lo sea – respondió el maestro-, poca cosa va a hacer ella sola.

Todos los ojos se giraron pícaramente hacia Miguelito y Martina. Porque todos sabían que los dos estaban enamorados como tórtolos. Los dos, avergonzados, les sacaron la lengua.

- ¡Chicos! – les riñó el maestro, antes de seguir –. Esta especie se encuentra en peligro de extinción. Si este ejemplar ha venido hasta aquí, quizás porque no encuentra un lugar tranquilo en la costa de donde viene... Quién sabe si es de Marruecos o Argel.

- ¿Y aquí lo encontrará? – preguntó nuevamente Juan.

Los niños, cada tarde, iban corriendo a la playa. La foca, como si fuera un amiguito suyo más, les esperaba nadando. Entonces, los niños y las niñas más valientes, se lanzaban al agua. La foca, juguetona, les hacía cosquillas con sus grandes bigotes y les mordisqueaba los pies sin hacerles ningún daño con aquella dentadura que tenía, fuerte y con grandes caninos.

- ¡Os hará daño! – gritaba alguna madre asustada - ¡Salid del agua!. ¿Es que no me oís?

Y los pescadores viejos, que tomaban el sol sentados en las piedras del muelle, les advertían:

- ¡Cuidado, que si os pilla...!

- Si os muerde...

- Si os...

Cuando Miguelito y Martina se quitaban la ropa en la playa, todos se miraban con malicia de nuevo. Y ellos dos les volvían a sacar la lengua.

Algunos pescadores murmuraron. Primero en el café. Después en la calle. Finalmente en el despacho del alcalde.

- ¡Esto no puede ser!. ¡Nos roba el pescado y las langostas!. ¡A mi me perforó la almadraba!. ¡A mí un trasmallo!. ¡No queremos ninguna foca en este pueblo!.

En cambio, había gente que ni temía a la foca ni le deseaba ningún mal.

- Así como ha venido, ya se irá – decían – Quién sabe si les gustará a los turistas...

El pueblo se dividió en dos bandos. Hubo discusiones y hasta alguna pelea. Y una noche un grupo de pescadores decidieron ir furtivamente a la caza de la foca.

Embarcaron a oscuras. Eran media docena. Ocultaban una escopeta. Remaron hasta donde sabían que la foca dormía por la noche, en una cueva marina, no muy lejos de la cala. Uno de ellos, un día, entró y la vio estirada en la playita del fondo de la cueva, adormilada.

- Ya hemos llegado – dijo uno de ellos-. Preparad la escopeta.

La prepararon. Entraron. Poco a poco. Remaron con cuidado. El mar era una balsa de aceite. Sólo se oía el profundo rumor del mar dentro de la cueva. Todo era una gran oscuridad.

- Encended el farol- ordenó en voz baja el que mandaba la expedición.

Y cuando lo encendieron... ¿Qué vieron?. Pues, bien envueltos en mantas, estaban el maestro, Juan, Martina, Miguelito y todos los otros niños de la escuela arremolinados en la playita de la cueva, encogidos y sonrientes.

- Pero... – los pescadores no sabían qué decir; ahí estaban los hijos de más de uno de ellos. - ¿Qué hacéis aquí? ¿Cómo habéis venido? ¡Os vais a enterar!. Y usted, señor maestro, tan mayor... ¿Qué cree que está haciendo aquí? ¿Y la foca?.

- La hemos echado de la cueva. Los niños han oído en vuestra casa que estabais a punto de cometer una barbaridad. ¿Os creíais que se iban a quedar parados? Han remado hasta aquí como vosotros... ¡Y nada de castigos porque os la tendréis que ver conmigo! – el maestro, iluminado por el farol, era como un caballero sin miedo rodeado de pequeños escuderos fieles y valientes.

En un rincón de la cueva había un pequeño bote amarrado a una peña y bien anclado al fondo.

Al día siguiente, la foca esperaba de nuevo a los niños y a las niñas que llegaban entre nubes de polvo y a trompicones.

- ¡Mira que si os pilla con estos dientes! – repetía aún alguna madre.

Miguelito y Martina sacaban la lengua a sus amiguitos, cuando todos se quitaban la ropa. El maestro y el alcalde, sentados en el muelle, decían a los escarmentados pescadores, viejos y jóvenes:

- Si nuestros niños la quieren..., ¿Qué vamos a hacer?.